conducian; pero sus desesperados esfuerzos no sirvie
sino para agotar todas sus fuerzas volviéndose á que
sin conocimiento.

CAPITULO XV.

ISOLINA, LA COMADRE DE PICO Y EL DE LA CAPA.

APENAS habian trascurrido algunos mimutos despues de haber caido el telon, Isolina empezó á alarmarse por la tardanza de Pico; pero á medida que el tiempo trascurria, Isolina se ponia mas y mas inquieta.

—No tenga usted cuidado, mi alma, le decia la vieja; usted no conoce el teatro, el señor Pico ha tenido necesidad de ir á la contaduría por su diario y por el *volo de usted*, pues si uno no anda listo en estos lances el dia siguiente le van saliendo con que no hay dinero; usted no conoce todavía el teatro y por eso se alarma por esas cosas.

Entretanto, el teatro iba quedando á oscuras; pues los mozos con una ligereza verdaderamente teatral apagaban todas las luces.

—El teatro va quedándose solo y es preciso salir porque van á cerrar; pero no tenga usted cuidado, mi vida, nos iremos á casa en caso de que no encontremos á mi compadre en la puerta, donde es seguro que estará esperándonos.

Y diciendo esto apagó la vela del cuarto y salió con Isolina, cerrando el candado de la puerta.

Pico no estaba en la contaduría; ya no habia nadie.

Solo un bulto negro se destacaba apenas entre las sombras.

Isolina caminaba asida del brazo de la vieja, y así atravesaron varias calles sombrías hasta llegar á una casa, cuya puerta se abrió á los primeros golpes.

La inquietud de Isolina iba en aumento á pesar de todos los consuelos de la vieja.

Dirémos de esta algunas palabras, por si el lector se interesase en conocer á esta buena comadre de Pico.

La vieja se llamaba doña Atanasia Ramirez; hacia veinte años que pertenecia al teatro.

De edad de nueve años hizo algunos papelitos, de esos que se confian á la hija de algun actor.

Doña Atanasia era hija del barba Ramirez. A los catorce años fué bailarina, á los diez y ocho hizo algunos papeles de poca importancia, despues hizo algunos primeros papeles de dama, sin éxito; y precozmente fué característica; pero un ataque de asma la privó de la voz, y llevaba algunos años de no ser mas que figurante.

Isolina estaba ya deshecha en lágrimas, y doña Atanasia empezó á alarmarse seriamente.

No habian pasado muchas horas de ansiedad cuando se oyeron golpes á la puerta.

—¡Ahí esta ya! exclamó la vieja; voy á abrirle.

Isolina quedó sola, y trascurrieron algunos minutos sin que se presentara Pico.

Al fin se oyeron pasos que se acercaban; Isolina respiró; pero fué para recibir una nueva impresion desagradable.

La persona que se acercaba no era Pico.

—Buenas noches, dijo el recien venido, que no era otro que el señor que, envuelto en una capa española, habiamos visto tras un bastidor hablando con doña Atanasia.

—Buenas noches, contestó apenas Isolina.

Era el señor de la capa un hombre como de cincuenta años, perfectamente aseado y vestido con un esmero no muy comun en personas de su edad.

Sin ceremonia se sentó al lado de Isolina. Esta hizo un movimiento de disgusto.

—No se sorprenda usted, señorita, dijo el de la capa de la manera mas agradable que pudo; yo visito á doña Atanasia generalmente despues del teatro, porque suele prepararme cenas apetitosas, á las que soy muy aficionado.

Isolina guardó silencio.

—He tenido el gusto, continuó D. Fernando, (que así se llamaba aquel señor); he tenido el gusto de ver á usted

en el teatro; y como debe usted suponer, yo he sido uno de los que han admirado la hermosura de usted, que se ha hecho tanto mas notable, cuanto que sus compañeras de usted son lo mas original de las colecciones de feas que se conocen; y como por otra parte, en la clase de figurantes es tan raro encontrar personas de tanto mérito como usted, todo el públco, sin excepcion, se ha visto agradablemente sorprendido.

Isolina seguia guardando silencio.

—Y sin duda, dijo D. Fernando despues de una pausa y sin desanimarse, usted no ha pisado nunca las tablas, y debe haber sido para usted esto un penoso sacrificio.

—¡Muy grande, señor, inmenso!

—Yo lo creo, y me atrevo á esperar que renunciará usted á seguirse exhibiendo en lo sucesivo.

—Así lo creo.

—¿Y tiene usted familia?

Isolina no contestó.

—¿Es usted la muger del señor Pico?

—No, señor.

—¡No! dijo D. Fernando, no pudiendo contener una sonrisa de satisfaccion. Entonces.....

—Perdone usted que no le deje concluir, dijo Isolina con energía y resolucion. Agradezco á usted como debo el interes que se sirve manifestar con respecto á mis asuntos; pero estoy tan mal prevenida con las personas que me hablan esta noche sin fórmula ninguna de presentacion ni antecedentes, que creo de mi deber cerrar mis

oidos y aparecer descortes, por no aparecer liviana; y usted, caballero, cuyas canas deben ser venerables, y cuya esperiencia debe ser una luz, sírvase usted decirme: ¿qué es el teatro? ¿qué clase de lugar es ese, que basta pisarlo una vez para ver desaparecer á nuestro rededor todas las consideraciones sociales y hasta el respeto que en toda buena sociedad ha merecido siempre una señora? ¿Por quién se me ha tomado? ¿Acaso podrá pensarse que estoy resuelta á romper con todas las conveniencias sociales y con todas las trabas de la moral, solo por el hecho de haber pisado las tablas? ¿Qué son entonces las tablas, que hasta la ancianidad se desconoce á sí misma?

Dijo esto Isolina de una manera tan digna y tan resuelta, que D. Fernando habia acabado por oir las últimas palabras profundamente contrariado.

Pero D. Fernando no era hombre que cejara en ninguna empresa á la primera dificultad, y procurando reponerse contestó:

—Efectivamente, es un error juzgar el teatro como lugar de corrupcion, cuando su verdadero objeto es enseñar la moral con ejemplos prácticos; pero por desgracia nuestras sociedades modernas se han acostumbrado á ver el teatro, de un modo de telon para afuera, y de otra manera muy distinta entre bastidores; y precisamente porque esa apreciacion está tan generalizada, es por lo que me ha parecido doblemente interesante la situacion de usted, quien, por motivos que no puedo alcanzar, se atreve á pisar las tablas sin el mas remoto conocimiento de lo que este pa-

en el teatro; y como debe usted suponer, yo he sido uno de los que han admirado la hermosura de usted, que se ha hecho tanto mas notable, cuanto que sus compañeras de usted son lo mas original de las colecciones de feas que se conocen; y como por otra parte, en la clase de figurantes es tan raro encontrar personas de tanto mérito como usted, todo el públco, sin excepcion, se ha visto agradablemente sorprendido.

Isolina seguia guardando silencio.

—Y sin duda, dijo D. Fernando despues de una pausa y sin desanimarse, usted no ha pisado nunca las tablas, y debe haber sido para usted esto un penoso sacrificio.

—¡Muy grande, señor, inmenso!

—Yo lo creo, y me atrevo á esperar que renunciará usted á seguirse exhibiendo en lo sucesivo.

—Así lo creo.

—¿Y tiene usted familia?

Isolina no contestó.

—¿Es usted la muger del señor Pico?

—No, señor.

—¡No! dijo D. Fernando, no pudiendo contener una sonrisa de satisfaccion. Entonces.....

—Perdone usted que no le deje concluir, dijo Isolina con energía y resolucion. Agradezco á usted como debo el interes que se sirve manifestar con respecto á mis asuntos; pero estoy tan mal prevenida con las personas que me hablan esta noche sin fórmula ninguna de presentacion ni antecedentes, que creo de mi deber cerrar mis

oidos y aparecer descortes, por no aparecer liviana; y usted, caballero, cuyas canas deben ser venerables, y cuya esperiencia debe ser una luz, sírvase usted decirme: ¿qué es el teatro? ¿qué clase de lugar es ese, que basta pisarlo una vez para ver desaparecer á nuestro rededor todas las consideraciones sociales y hasta el respeto que en toda buena sociedad ha merecido siempre una señora? ¿Por quién se me ha tomado? ¿Acaso podrá pensarse que estoy resuelta á romper con todas las conveniencias sociales y con todas las trabas de la moral, solo por el hecho de haber pisado las tablas? ¿Qué son entonces las tablas, que hasta la ancianidad se desconoce á sí misma?

Dijo esto Isolina de una manera tan digna y tan resuelta, que D. Fernando habia acabado por oir las últimas palabras profundamente contrariado.

Pero D. Fernando no era hombre que cejara en ninguna empresa á la primera dificultad, y procurando reponerse contestó:

—Efectivamente, es un error juzgar el teatro como lugar de corrupcion, cuando su verdadero objeto es enseñar la moral con ejemplos prácticos; pero por desgracia nuestras sociedades modernas se han acostumbrado á ver el teatro, de un modo de telon para afuera, y de otra manera muy distinta entre bastidores; y precisamente porque esa apreciacion está tan generalizada, es por lo que me ha parecido doblemente interesante la situacion de usted, quien, por motivos que no puedo alcanzar, se atreve á pisar las tablas sin el mas remoto conocimiento de lo que este pa-

so implica, tanto mas cuanto que usted, señorita, por sus maneras y su aspecto revela pertenecer á otra clase de la sociedad, que no á la que, por desgracia, forma la mayoría de la gente de teatro.

—Celebro, caballero, que comience usted á hacerme justicia, porque entonces sabrá usted respetarme y hacerse respetar á su vez.

—Nada pretendo, señorita, y protesto á usted que mi extraña visita á esta casa á la una de la noche es puramente casual.

Isolina habia notado ya que doña Atanasia habia desaparecido cerrando tras de sí la puerta.

—Sin embargo, continuó D. Fernando, si en los límites de lo que un caballero puede ofrecer á una señora encuentra usted que mi persona en algo puede serle á usted útil, estoy pronto á probarle que no me he equivocado al juzgar á usted, y que sabré respetarla y servirla sin interes alguno.

—Mil gracias, contestó solemnemente Isolina; pero en esta frase habia toda la dignidad de una señora.

Sucedió un silencio solemne, en el cual la figura de Isolina creció á los ojos de D. Fernando.

Durante este silencio, se oyó en el suelo de la pieza inmediata el ruido de una moneda de plata que se cae de las manos.

Aquel sonido argentino hizo estremecer interiormente á Isolina y á D. Fernando.

Isolina se puso de pié en seguida.

Don Fernando dirigió una mirada de rencor hácia la puerta, y en seguida dijo con una gravedad de que hasta entonces no habia usado:

—Estoy dispuesto á obedecer á usted, supuesto que hemos empezado á hacernos justicia; si quiere usted que me retire porque en ello la complazca, me despediré en el acto; pero si puedo prestarle algun servicio, como lo creo, espero sus órdenes.

Isolina reflexionó:

—La vieja sin conocerme me ha vendido: este señor ha venido aquí, engañándose tambien, y me parece que está avergonzado. Acaso él me libre de la vieja y por llevar adelante su pretendida caballerosidad me sirva desinteresadamente.

—Fiada en la palabra de usted, me atrevo á hacerle una súplica.

—He ofrecido obedecer á usted.

—Deseo saber donde está el señor Pico y si su tardanza es el resultado de algun complot de que se me quiere hacer la víctima.

—Voy á satisfacer á usted con toda lealtad. El señor Pico no vendrá en toda la noche.

—¿Quiere decir que es cierto que he caido en un complot? ¿En donde está el señor Pico?

—El señor Pico, señorita, ha reñido con unos caballeros al salir del teatro y la autoridad ha.....

—¡Preso! gritó Isolina, ¡preso! ¿y estará lastimado?

—Creo que sí.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! los intentos de los que me rodean son todavía mas criminales de lo que parece. Querian asesinarlo y lo separan de mí, porque saben que es mi único amparo, mi única defensa, mi único amigo..... ¡Caballero! dijo en seguida Isolina con tono solemne; si es usted capaz todavía de hacer respetar sus canas, si ellas no encubren á un ser degradado y despreciable, sino á un hombre de corazon y de conciencia, ampáreme usted, ayúdeme, vamos á ver al señor Pico, tal vez se muere sin mis auxilios, ahora que es cuando mas necesita de mí, ahora que debo pagarle algo de lo que le debo; vamos pronto, vamos á socorrer al señor Pico!

—He ofrecido obedecer á usted y la obedezco.

Todavía Isolina fijó una mirada significativa en D. Fernando, se acordó que llevaba consigo el puñal que ya otra vez la habia librado de la deshonra, y pensó:

—Como antes, seguiré teniendo fuerzas para resistir.

Isolina y D. Fernando salieron de la habitacion sin cuidarse de doña Atanasia.

Esta, al verlos salir, guardó silencio y cuando hubieron desaparecido, entró á la sala donde ardia aun la vela que habia alumbrado la escena anterior. Contempló de hito en hito los asientos que habian ocupado Isolina y D. Fernando y exclamó:

—¡Habrase visto cosa mas rara! dejarme mi cena en el cuerpo sin decir oste ni moste! En todo caso, cenaré bien, aunque sola; siento deseos de devorar el pollo que aun se frie como si tal cosa.....

Despues de todo, esta jóven es extraordinaria; ¿pues no ha armado bonito alboroto, apenas se ha presentado? Ella no es cómica, eso sí que no, yo conozco á mi gente á tiro de ballesta, como se decia antes. Pico no es su marido ¡qué iba á hacer! Pobre Pico! Pero aquí hay algo gordo.....

Y el pobre de D. Fernando, que creia haber hecho presa gorda, y andará por ahí corriendo de ceca en meca entre si encuentran á Pico ó no lo encuentran, y todo sin cenar y con la bilis derramada.

¿Qué sucederá? ellos de volver tienen; porque ¿qué habian de hacer en la calle toda la noche?

Si vinieran acabando yo de cenar, les dejaría la mesa puesta y me acostaria, porque á fé que necesito descansar, ya estoy vieja y las desveladitas me irritan mucho la sangre y me traen el dolor.

Una criada andrajosa y medio dormida apareció en la puerta.

—¡Ah! exclamó doña Atanasia saliendo de sus cavilaciones; ¿ya está ese pollo? sírvemelo cuanto antes, que tengo un agujero en el estómago.

Doña Atanasia tomó la vela y siguió á la criada á la pieza inmediata, que era á la vez dormitorio y comedor.

La criada se presentó á poco trayendo un pollo frito y humeante en un plato.

—He aquí mi pollo colorado, muerto por una humorada de D. Fernando... y como yo no me puedo negar á nada de lo que exija de mí D. Fernando, por los muchos

favores que le debo, lo he obedecido en todo, (porque en todo caso yo no he hecho mas que obedecerlo,) y eso por estarle obligada, que de otro modo, quién sabe.... porque en fin, todavía tiene uno conciencia y su temor al infierno; suya es toda la responsabilidad, así me lo dijo y yo estoy en mis trece.

Hecha esta salvedad, que doña Atanasia creyó muy provechosa para la tranquilidad de su conciencia, se puso á despedazar el pollo con los dedos y á chuparse los huesos.

Entretanto D. Fernando é Isolina habian andado varias calles, caminando siempre en silencio, hasta llegar á un cuerpo de guardia de donde pasaron á inquirir el paradero de Pico, preguntando por él á la policía y en la prefectura; pero á tales horas y despues de consignado el herido al hospital, no habia quien diera razon de él en los cuerpos de guardia.

Al fin pudieron averiguar que Pico se hallaba preso en el hospital y que no habia órden de que se dejara entrar á aquellas horas á persona alguna á las salas de los enfermos.

Don Fernando, poniendo en juego su influencia y dirigiéndose á la autoridad competente, hubiera podido conseguir la órden que se necesitaba; pero no queria aparecer como actor en aquellas escenas, sino solo como simple acompañante desconocido de aquella señora atribulada.

D. Fernando.

Don Fernando gozaba de muy buena reputacion y ademas era casado; de manera que sin dejar de aparecer galante con Isolina, obraba de manera de no comprometerse.

Al cabo de inútiles esfuerzos para lograr ver á Pico, D. Fernando persuadió á Isolina de que debian volver á la casa de doña Atanasia.

Así lo hicieron, proponiéndose Isolina por su parte pasar en vela las pocas horas que faltaban para acabar la noche, é ir, apenas amaneciera, al hospital, para ver á Pico.

Don Fernando habia empezado á ser sóbrio en sus preguntas, é Isolina mas y mas reservada en sus respuestas; de manera que al llegar á la casa, D. Fernando empezó á sentirse dispuesto á abandonar, por aquella noche al menos, su aventura galante, recogiéndose aun á tiempo para no inspirar sospechas.